



¿CÓMO NOS GUÍA DIOS?

«Los Samaritanos» reciben llamadas cada veinte segundos.

«Los Samaritanos» es una línea de atención que ayuda y apoya a personas desesperadas o en riesgo de suicidio.

Fue fundada por un hombre llamado Chad Vara.

Hace poco leí la historia sobre cómo la fundó.

Lo que pasaba era que él era el párroco de una iglesia muy activa al sur de Londres.

Y pensó en crear una línea de atención.

Pero creyó que no era la persona adecuada, porque estaba muy ocupado.

Así que dijo al Señor: «Señor, es una gran idea, pero no soy el más adecuado.

Creo que la persona que necesitas —aconsejó al Señor—, es alguien de la zona financiera», porque allí en la ciudad las iglesias tienen muy pocos fieles y los párrocos tienen mucho más tiempo libre.

Pocos días después le invitaron a ser párroco en una iglesia de la zona financiera:

la Iglesia de Saint Stephen's Walbrook, en plena zona financiera.

Cuando se reunió con el consejo de la iglesia y le preguntaron qué haría como párroco, dijo: «Crear una línea de atención».

Dijeron: «¡Qué gran idea!».

Así que fue... nombrado párroco.

Y de camino a su nueva iglesia, pensaba: «¿Qué número será el más adecuado para esta línea?».

Quería un número que transmitiera un sentido de urgencia y que fuera fácil de memorizar.

De esto hace ya bastante tiempo, así que los tres primeros dígitos debían ser letras: al estar en Mansion House, las letras serían M-A-N.

Luego pensó: «¿Qué números pueden darle un matiz de emergencia? —algo como 999—».

Probablemente, un número ideal que sea fácil de recordar y que dé un matiz de emergencia sea MAN 9000».

Cuando llegó a la iglesia, se encontró con que el teléfono estaba cubierto de escombros en la sacristía; lo recuperó y llamó a la operadora a quien intentó convencer de que le diera el número MAN 9000.

Le dijo: «¿Podría darme ese número en esta línea?».

Respondió: «Casi imposible; nadie con un número tan bueno lo cambiaría ni por amor ni por dinero».

Replicó que no tenía dinero, ¡pero sí mucho amor!

Y le pidió que le indicara quién era el propietario de ese número.

La operadora le preguntó: «¿Me dice su número?». Él se humedeció el dedo con saliva para limpiar el número y esto es lo que vio: MAN 9000.

«No se preocupe —dijo a la operadora—, ¡ya lo tengo!».

Y luego dijo dirigiéndose a Dios: «Muy bien: mensaje recibido.

Lo tenías preparado desde que se instaló el teléfono.

Ya puedes parar: ¡esto empieza a asustar!».

Dios no siempre nos guía tan claramente.

Pero todos tenemos que tomar decisiones sobre qué hacer con nuestra vida: sobre el trabajo, el matrimonio, los hijos, el uso del tiempo, una casa, el dinero; además de otros temas más rutinarios y comunes.

Discernir la voluntad de Dios no siempre es fácil.

La Buena Nueva de la fe cristiana es que no estamos solos en esta vida.

Dios nos guía a través de nuestra relación con él.

¿Pueden buscar Juan capítulo 10, versículo 27?

Jesús dice:

Juan
Capítulo 10
Versículo 27

«Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen».

«Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen».

Jesús se sirve de la imagen del pastor y sus ovejas para referirse a la relación íntima que quiere establecer con nosotros.

Nos conoce y quiere guiarnos.

Tiene un plan maravilloso para tu vida y para mi vida.

Juan
Capítulo 10
Versículo 10

«[...] he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia».

Versículo 10, Jesús dice: «He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia».

Juan
Capítulo 10
Versículo 15

«[...] doy mi vida por las ovejas».

Y en el versículo 15 dice: «Doy mi vida por las ovejas».

Así es como Dios te ama, así te ama Jesús.

Quiere todo lo mejor para ti.

Pablo dice que la voluntad de Dios para nuestra vida es «buena, agradable y perfecta».

Y para descubrir cuál es, debemos consultarle —«mis ovejas oyen»—, hay que preguntarle: ¿Qué quieres que haga?

¿A quién guía Dios?

A los que están dispuestos a hacer lo que Él quiere.

Jesús dice «ellas me siguen»: los que quieren seguirle.

Nuestra actitud debe ser como la de María, madre de Jesús, un ejemplo maravilloso en muchos aspectos. A este respecto, dijo:

«Soy tu sierva, hágase en mí según tu palabra».

Eso es libertad.

Lo asombroso es que cuando decimos esto al Señor, Dios puede servirse de cualquiera.

Rick Warren escribió: «Abraham era anciano; Jacob, inseguro; Lea, poco agraciada; José fue abusado; Moisés tartamudeaba; Gedeón era pobre; Sansón, dependiente; Rajab, inmoral; David tuvo una aventura y muchos problemas familiares; Elías estuvo desesperado; Jeremías, deprimido; Jonás era reacio; Noemí, viuda; Juan el Bautista, por lo menos, un excéntrico; Pedro, impulsivo y de mal genio; Marta se agobiaba con todo; la Samaritana fracasó en varios

matrimonios; Zaqueo no era nada popular; Tomás era incrédulo; Pablo, enfermizo; Timoteo, tímido. Toda una colección de inadaptados de los que Dios se sirvió para su servicio».

¿Cómo nos guía Dios?

¿Cómo saber lo que Él quiere?

Nos vamos a fijar en cinco formas principales en las que nos guía Dios.

Y, a veces, lo hace por una de ellas; en grandes decisiones puede hacerlo por todas.

1.LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA

También somos llamados a transformar el mundo, a cambiar el mundo que nos rodea.

Ya vimos la semana pasada que Dios ha hablado sobre muchos temas.

En ciertos temas no necesitamos más orientación, porque su voluntad, en este libro, queda muy clara.

Habla sobre el matrimonio, la familia, el trabajo, el dinero, los niños, etc.

Sabemos, por ejemplo, que el matrimonio es para siempre.

Así que si eres un hombre casado y ves a una mujer muy atractiva al otro lado de la sala, y piensas: «Mmm..., me pregunto si Dios me está llamando a dejar a mi mujer y a salir con esa mujer tan atractiva del otro lado de la sala», la respuesta es: «No».

Porque este libro dice: «No cometerás adulterio».

No necesitas más orientación sobre eso.

No tienes que preguntarte cada año: «¿Debo pagar impuestos este año o no?».

Porque dice: «Paguén sus impuestos».

Alguien que se había hecho cristiano escribió a la Hacienda Pública esta carta.

Dice: «Estimado Señor: Acabo de hacerme cristiano y no puedo conciliar el sueño.

He aquí cien libras que les debo.

Posdata: Si no recobro el sueño, les enviaré el resto».

Estamos llamados a decir la verdad.

Una vez conocí a un anciano cuyo apodo era Gibbo.

Por cierto, su nieto estuvo en el último curso.

Gibbo me contó esta historia.

Era oficinista en los almacenes Selfridges y trabajaba con Gordon Selfridge, el fundador.

Un día sonó el teléfono, Gibbo lo atendió y la persona dijo: «¿Puedo hablar con Gordon Selfridge?».

Gordon Selfridge estaba en la sala, pero cuando Gibbo le llamó, Selfridge dijo: «Dile que salí».

Gibbo le pasó el teléfono y dijo: «¡Dígaselo usted!».

Y Gordon Selfridge aparentemente se puso como una fiera.

Pero Gibbo le dijo: «Mire, si puedo mentir por usted, puedo mentirle a usted, y nunca lo haré».

Desde ese momento e adelante cambió la trayectoria de Gibbo en Selfridges, porque de ahí en adelante, cuando necesitaban a alguien de confianza, acudían a él.

La voluntad general de Dios está en este libro.

Pero éste no indica qué carrera seguir o cuánto dinero donar.

Pero, a veces, leer este libro ayuda, porque, como vimos la semana pasada, Dios no sólo habló a través de este libro, sino que sigue hablando por él.

A veces, hará resonar un versículo en particular: mientras leemos, algo se iluminará.

Algunos se guían por el método de abrir la Biblia al azar y señalar un versículo en

particular.

Creo que no es bueno hacer de esto un hábito, porque podría derivar, tarde o temprano, en consecuencias funestas.

Supe de un hombre que intentó hacerlo.

Dijo: «¿Señor, qué quieres que haga?».

Y abrió la Biblia al azar y señaló Mateo 27, versículo 5, que dice: «Judas fue y se ahorcó».

Así que pensó: «¡Vaya!, voy a abrirla otra vez». Y abrió en Lucas 10,37: «Anda y haz tú lo mismo».

Y pensó: «¡Dios mío!».

Y abrió en Juan 13,27, que dice: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto».

Así que ésta no es una buena idea a largo plazo.

Pero si creamos un hábito —y es lo que recomiendo—, un hábito de lectura constante de la Biblia, cada día, nos sorprenderemos al ver lo apropiada que es cada lectura.

Dios nos alimenta, también nos habla y nos guía.

Después de trabajar como abogado varios años, sentí que Dios me llamaba a ordenarme en la Iglesia Anglicana.

Pippa y yo nos retiramos un fin de semana para orar.

En ese fin de semana, escribí todas las maneras en las que Dios nos guió, en este trozo de papel.

Lo primero que escribí fue cómo nos guió Dios a través de la Biblia.

Hubo quince ocasiones diferentes en las que sentimos que Dios nos hablaba por este libro.

Una de ellas fue a través de Romanos 10, 14; esto sucedió después de haber pedido a Dios que me guiara: «¿Qué quieres que haga?».

El versículo dice: «¿Cómo creerán en aquél de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique (es decir, quien se lo diga)?».

Me pregunté si ésa era la voz de Dios.

Ese fin de semana, nos fuimos a Durham para ver a nuestros buenos amigos Nicky y Sila, y orar sobre esto.

Y durante la oración, Nicky leyó este mismo versículo.

Cuando volvimos a Londres, el domingo por la tarde, John Irvine predicó aquí sobre este pasaje.

Al llegar a este versículo —yo estaba en la galería— sentí como si me estuviera mirando, porque dijo: «Quizá Dios esté llamando a alguien aquí a ordenarse en la Iglesia Anglicana».

Otra vez sentí que quizá era Dios quien me estaba hablando.
Ésta es la primera forma: la autoridad de la Biblia.

2. LA GUÍA DEL ESPÍRITU

Segundo, la guía del Espíritu.

Abran sus biblias en Hechos 20, versículo 22.

Hechos

Capítulo 20

Versículo 22

«Y ahora, obligado por el Espíritu, voy a Jerusalén [...]»

Pablo dijo lo siguiente: «Y ahora, obligado por el Espíritu, voy a Jerusalén».

Para el apóstol Pablo, esto era una definición de cristiano: un cristiano era alguien que era guiado por el Espíritu (Gálatas 5,18).

Y el autor del libro de los Hechos es clara Lucas.

Lucas escribió dos libros: escribió el Evangelio de Lucas y los Hechos.

En su Evangelio vemos que Jesús, a lo largo de su vida, es guiado por el Espíritu Santo.

Y parece como si escribiera el segundo libro para mostrar que el mismo Espíritu Santo que guió a Jesús en su vida guía ahora a la iglesia, y guía ahora a toda persona que le invita a entrar en su vida.

Y como dijo Jesús en Juan, 10 —que ya vimos antes—, mis ovejas reconocen mi voz.

Reconocemos la voz del Espíritu Santo, o empezamos a hacerlo —lleva tiempo—.

Es como cualquier relación.

Si conocemos bien a alguien, conocemos su voz, por ejemplo al teléfono.

Esta semana llamé a alguien en Estados Unidos y me atendieron en su oficina. Dije: «Hola, soy Nicky Gumbel».

Y dijeron: «¡Buenas tardes, señora Gumbel!».

Supongo que en Estados Unidos Nicky es para mujer y creyeron que yo era la señora Gumbel.

Pero cuando llamo a mi esposa, digo: «¡Hola!», y responde: «¡Hola!». No tengo que decir: «¡Hola!, soy Nicky Gumbel», reconoce mi voz porque me conoce bien.

Cuando conocemos bien a alguien empezamos a reconocer su voz.

Lo mismo ocurre con el Espíritu Santo.

Al desarrollar esta relación, empezamos a reconocer la voz del Espíritu Santo.
El Espíritu Santo nos guía de diversas maneras.

Primero, Dios nos habla cuando oramos.

En Hechos, capítulo 13 leemos: «Mientras adoraban al Señor, el Espíritu Santo les habló».

La oración es sobre todo diálogo —es lo que vimos hace dos semanas—.

No se trata sólo de contarle todas nuestras necesidades a Dios y acabar ahí sin ni siquiera escucharle, porque es posible que también quiera hablarnos.

Es como si alguien fuera al médico.

Supongamos que voy al médico y le digo: «¡Buenos días, doctor! Hoy tengo muchos problemas.

Me están saliendo hongos en las uñas de los pies, creo que tengo mal el menisco de esta rodilla y me parece que tengo artritis en la cadera.

¡Ah!, además me duele el codo.

De hecho, creo que empiezo a tener síntomas de gripe.

Y duermo muy mal por la noche».

Expongo todos mis males y después le digo: «Bueno, me alegro mucho de verle, doctor. ¡Adiós!».

El doctor diría: «¡Espere un momento!, ¿no quiere oír lo que tengo que decirle?».

A veces creo que Dios nos dice: «¿Quieres oír lo que tengo que decirte?».

Y por eso, cuando oramos, creo que es una buena idea tener una libreta —yo uso a menudo mi agenda— para anotar cosas, pensamientos o ideas que surgen, algo así como impresiones: «Debería llamar a esa persona.

Quizá debería escribir a esta otra».

Dios habla cuando oramos.

Dios también puede hablar suscitándonos un deseo intenso de hacer algo.

En Filipenses 2, versículo 13, San Pablo dice que Dios produce en nosotros el querer y el hacer para que se cumpla su buena voluntad.

Es decir, si Dios te llama a hacer algo, él te dará el deseo de hacerlo siempre que se lo permitas.

Leí la historia de un médico, Paul Brand, que fue a visitar una leprosería cercana a Madrás. Le guiaba otro médico, el Dr. Cochrane.

En su visita al hospital vio pacientes de cuclillas, que intentaban avanzar con los pies vendados hacia ellos con sus rostros ocultos y deformes.

Y El Dr Brand lo describe así:

«Las manos se agitaban y extendían hacia mí para saludarme.

Eran muñones retorcidos, nudosos y ulcerados.

Algunos tan rígidos como garfios; a otros les faltaban dedos o casi toda la mano.

Al final, no pude contenerme más:

«¿Cómo llegaron a este estado? ¿Qué tratamiento siguen?».

El Dr. Cochrane no lo sabía; él era dermatólogo y trataba la piel de los leprosos.

Pero se volvió a mí y me dijo: «¡Tú eres el traumatólogo y el cirujano ortopédico!».

Y me contó que ningún cirujano ortopédico había estudiado aún las deformidades de las quince millones de víctimas de lepra en el mundo».

Siguieron con su visita y un joven leproso le extendió su mano para saludarle, y Paul Brand le dijo: «"Aprieta mi mano tan fuerte como puedas"».

Para mi sorpresa —continúa—, en vez de la débil contracción que me esperaba, sentí un dolor intenso y agudo en la mano.

Fue como si me la estuviera prensando entre sus dedos que parecían incrustarse en mi carne como garras de acero.

Ni rastro de parálisis —de hecho, grité para que me soltara—.

Lo miré enojado, pero quedé desconcertado por su tierna sonrisa.

No sabía que me hacía daño.

Ésa fue la clave: en alguna zona de esa mano deformada, había músculos sanos.

Sentí un hormiguelo y como si todo el universo estuviera girando a mi alrededor.

Supe que había llegado a mi lugar.

Ese suceso de 1947 cambió mi vida.

Era mi momento.

Sentí un llamado del Espíritu de Dios.

Fui creado para ese momento y sabía que tenía que orientar mi vida en esa dirección.

Jamás lo dudé».

El Dr. Brand inició una brillante investigación sobre la enfermedad de la lepra y fue reconocido como un gran cirujano; recibió el galardón CBE y el prestigioso Premio Albert Lasker.

De una forma mucho más sencilla, podría decir que a mí me ocurrió lo mismo: si antes de hacerme cristiano me hubieran preguntado qué profesión no me gustaría ejercer, creo que habría respondido: clérigo en la Iglesia Anglicana.

¡Me parecía la profesión más aburrida de todas!

Pero cuando acepté a Cristo y le dije al Señor: «Señor, estoy dispuesto a hacer lo que tú quieras», sentí que tenía un gran deseo ¡de hacer exactamente lo que estoy haciendo ahora!

Y les aseguro —hoy mismo pensaba sobre ello— que no me gustaría dedicarme a ninguna otra cosa.

Me encanta mi trabajo.

Creo que es el trabajo más emocionante del mundo.

Dios cambió mis deseos.

A veces, nos guía de maneras menos comunes —a través de profecías, o visiones, o imágenes, o ángeles, hay gente que oye su voz físicamente, o a través de sueños—.

Ahora bien, al interpretar la dirección del Espíritu podemos equivocarnos, al menos yo me he equivocado muchas veces, porque no es nada fácil.

Es muy difícil interpretar cómo nos guía Dios: a veces acertamos, pero otras, al menos yo, nos equivocamos.

Pero hay varias pruebas.

San Juan dice: «Sometan los espíritus a prueba para ver si son de Dios».

¿Está en consonancia con la Biblia?

¿Está al servicio del amor?

Dios es amor; si no está al servicio del amor, no puede ser de Dios.

Otra prueba, en Primera Corintios 14, es si edifica, anima y consuela.

Otra sería: ¿Sentimos la paz de Dios sobre esta decisión?

S. Pablo escribe: «Que la paz de Cristo gobierne en sus corazones».

Así pues, una forma es la Biblia (la autoridad de la Biblia) y otra, la guía del Espíritu Santo.

3. SENTIDO COMÚN

La tercera forma es el sentido común o nuestra razón.

Dios ha dado a todas las personas conciencia.

John Stott afirma: «Aunque nuestra conciencia refleje nuestra cultura y educación, y pueda equivocarse, siempre permanecerá como un vigilante que nos recuerda la diferencia entre el bien y el mal».

Creo que la conciencia es como un cuchillo muy afilado, que puede quedar sin filo si se emplea mal o se abandona.

Pero si se utiliza adecuadamente, puede afilarse más todavía.

Dios nos dio a todos una conciencia.

Pero también nos dio la mente para pensar y razonar.

Cuando Dios prometió que nos guiaría, no lo hizo para ahorrarnos el esfuerzo de pensar.

De hecho, razón y guía de Dios van a menudo juntas.

Segunda a Timoteo 2, 7 lo afirma así: «Piensa en lo que te digo, y el Señor te dará comprensión».

John Wesley dijo que Dios le guiaba a menudo inspirándole en la mente razones que le impulsaban a actuar.

Yo diría que ésta es la forma principal que usa Dios para guiarnos en los aspectos rutinarios de la vida.

Pero también en las grandes decisiones nuestro sentido común es muy importante.

Por ejemplo, la Biblia nos dice que el matrimonio es lo común.

Pero lo que este libro no dice es con quién casarnos.

Es absurdo decir: «¿Señor, con quién me caso? ¡¿Con Nabucodonosor?! ¡No conozco a ningún Nabucodonosor! ¿Y con Ezequiel?»

Oí hablar de un obrero, con un acento cerrado, que no iba a la iglesia.

Se encontraba en un dilema porque estaba enamorado de dos mujeres guapísimas.

Y era incapaz de decidir.

Una se llamaba Sharon, era rubia y muy guapa, y la otra era María, era morena y también era muy guapa.

Él no solía ir a la iglesia, pero como no sabía si era Sharon o María, Sharon o María, pensó: «Voy a entrar en una iglesia a orar».

Así que fue a una iglesia católica de la zona y se arrodilló frente al altar y le dijo al Señor con su acento cerrado: «*A vé a quién ehcoho*».

Y Levantó la vista y miró las vidrieras, donde leyó una inscripción dorada: «*¡A vé María!*».

¡Ésa no es la mejor manera de solucionarlo!

El sentido común nos dice que debemos preguntarnos: ¿somos compatibles espiritualmente?

Pablo nos advierte del riesgo de casarnos con alguien que no es cristiano porque iríamos en direcciones espirituales diferentes, lo que creará tensión.

Así que si somos cristianos, sería aconsejable casarnos con alguien cuya fe respetemos.

¿Tenemos personalidades compatibles?

¿Somos buenos amigos?

Y ¿nos atraemos físicamente?

¿Hay química entre nosotros?

Dios no te va a pedir que te cases con alguien que no te atrae físicamente.

«¡Qué alivio!» —pensarán algunos—.

Lo mismo para el trabajo.

También es sentido común.

Algunos dicen: «Me acabo de hacer cristiano, ¿dejo mi trabajo?».

La respuesta lo da San Pablo en Primera Corintios 7:

«Cada uno debe vivir conforme a la condición que el Señor le asignó y a la cual Dios lo llamó.

Que cada uno permanezca en la condición en que estaba cuando Dios lo llamó». Es decir, no dejen automáticamente su trabajo, a no ser, claro está, que lo que hagan sea inmoral o ilegal —si eres atracador de bancos, ¡no puedes simplemente reducir los robos o atracar bancos más pequeños!—.

Pero si no es ése el caso, permanecemos donde estamos hasta que Dios nos llame a algo diferente.

Dios no nos saca de contexto, nos llama a uno nuevo.

Y si nos hacemos la pregunta: «¿A qué me llama Dios?», también hay que preguntar: «¿Cuál es mi carácter, mi personalidad, mis estudios y mis habilidades? ¿Qué se me da bien, qué me gusta hacer, qué dones tengo?»

Dios no nos dio dones para que se pierdan, sino —dice John Stott—: «para discernirlos, cultivarlos y ejercitarlos para que no seamos personas frustradas, sino realizadas».

Nunca es demasiado tarde.

Hace poco leí que una mujer de noventa años participa en carreras de 10 km.

No se dio cuenta de que le gustaba correr hasta cumplir los 78.

¡Nunca es demasiado tarde!

4. EL CONSEJO DE LOS SANTOS

La cuarta forma en la que nos guía Dios es el consejo de los santos.

Dios también nos guía por este medio.

La palabra «santos» hace referencia, en el Nuevo Testamento, a «todos los cristianos», es decir, a la iglesia.

El Espíritu Santo, por ejemplo, en Apocalipsis, capítulo 2, se dirige a las iglesias.

Esto indica que no es algo puramente subjetivo, no es sólo lo que Dios me dice a mí; tenemos que tener la humildad de reconocer que Dios también habla a otras

personas y que lo hizo durante siglos.

Por ejemplo, no tiene sentido pensar: «Me pregunto qué es la doctrina de la Trinidad.

¿Debería intentar descubrirlo por mí mismo?»; sin tener en cuenta que los primeros cristianos dedicaron 400 años a la doctrina de la Trinidad.

Los credos nacieron en el seno de la iglesia.

Ocurre lo mismo con cualquier decisión que tomemos: la tomamos en una comunidad.

Y eso es algo maravilloso: ser parte de una comunidad de cristianos donde nos ayudamos mutuamente.

Abran sus biblias en Proverbios, capítulo 12, versículo 15.

Proverbios
Capítulo 12
Versículo 15

Al necio le parece bien lo que emprende, pero el sabio atiende al consejo.

«Al necio le parece bien lo que emprende, pero el sabio atiende al consejo».

Proverbios 15,22 dice:

«Cuando falta el consejo, fracasan los planes; cuando abunda el consejo, prosperan».

Proverbios
Capítulo 15
Versículo 22

Cuando falta el consejo, fracasan los planes; cuando abunda el consejo, prosperan.

Proverbios 20, 18: «Afirma tus planes con buenos consejos».

Proverbios
Capítulo 20
Versículo 18

Afirma tus planes con buenos consejos.

Por supuesto, buscamos consejo de amigos, que sean buenos cristianos, con sabiduría y experiencia, a quienes respetemos.

Por ejemplo, cuando estábamos pensando en mi ordenación en la Iglesia Anglicana, acudí a Sandy Millar, el párroco de esta iglesia.

Esto es lo que me dijo: «Piensa a largo plazo».

Yo era entonces abogado y me dijo:

«Piensa a largo plazo.

Supongamos que consigues tus objetivos como abogado, piensa de aquí a diez años: ¿Es ahí donde querrías estar?

Si no es así, ¿por qué será?».

Y añadió: «Piensa en la ordenación en la Iglesia Anglicana; si todo saliera como quieres, ¿es ahí donde querrías estar?».

Eso me ayudó muchísimo porque me di cuenta de que si me imaginaba como abogado, no me sentía satisfecho, incluso con todos mis deseos y aspiraciones cumplidos.

Mientras que lo otro era lo que quería hacer.

Otra fuente posible de sabiduría son nuestros padres —o en mi caso, ahora, mis hijos—.

Además de acudir a mi esposa, Pippa, como mi principal consejera, ahora empiezo a consultar a mis hijos.

Tengo dos hijos y una hija, y a menudo les pido consejo.

Por ejemplo, en abril del 2003, Sandy Millar anunció que se iba a jubilar en dos años y que esperaba que yo propusiera mi nombre como su posible sucesor en esta iglesia.

Intenté convencer a Sandy para que permaneciera más tiempo en su puesto y esperaba que se pudiera quedar al menos siete años.

Pero su decisión era inamovible y yo no sabía qué hacer. Porque por un lado, me sentía llamado, con vocación, para el puesto, pero no sabía si era el momento adecuado.

Así que me fui a pasear con uno de mis hijos, Johnny, y me hizo algunas preguntas.

Me dijo: «¿Te sientes preparado para aceptar el puesto de párroco en Holy Trinity?».

Le contesté que no.

Luego dijo —tiene 21 años, así que no es que siga leyendo los libros de Narnia, pero tiene una memoria excelente; me dijo—: «En los libros de Narnia, cuando Aslan le pregunta a Caspian: «Estás preparado para gobernar el reino de

Narnia?»), responde que no.

Y Aslan le dice: “En ese caso, estás preparado.

Si hubieras dicho que sí, no lo estarías”».

Tenía razón, porque diez años antes me habría sentido preparado aunque no lo estuviera.

Así que su segunda pregunta fue: «¿Te sientes muy joven o muy mayor?».

Me siento muy joven porque me falta experiencia, pero también muy mayor porque ya tengo canas, ¡y todos son tan jóvenes!

Le dije: «Las dos cosas».

Me dijo: «Quizá es que tienes la edad adecuada».

«Pero Johnny, ¿sabes?, el problema es que Sandy siempre aceptó mis ideas, trabajamos muy bien juntos, así que no creo que pueda aportar nada nuevo.

Al mismo tiempo, no me gustaría cambiar nada porque si hago cambios podría parecer que no valoro el pasado».

Contestó: «G.K. Chesterton dijo: “Si quieres seguir igual, tienes que cambiar”.

Es como una casa: si no la pintas, la casa no sigue igual, se deteriora.

Holy Trinity debería permanecer como siempre, pero para que siga como siempre, tiene que cambiar».

Eso me ayudó enormemente a tomar una decisión.

5. SEÑALES CIRCUNSTANCIALES

La quinta forma en la que Dios nos guía son las señales circunstanciales.

La providencia de Dios, si lo prefieren.

Dios es soberano.

Proverbios 16,9 dice: «El corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el Señor».

Hay un versículo que siempre me resultó muy útil; creo que ya lo mencioné, pero quiero repetirlo porque me ha servido de gran ayuda a lo largo de mi vida.

Es un versículo de los Salmos que dice esto:

«Encomienda al Señor tu camino; confía en él, y él actuará». Salmos 37,5.

Esto significa que si nos enfrentamos a una decisión difícil, como a todos nos ocurre de vez en cuando, o con bastante frecuencia, podemos acudir al Señor y decirle: «No sé hacia dónde ir.

No sé si lo mejor es esto o aquello.

No sé si esta relación es adecuada o no.

No sé si este trabajo es adecuado o no.

No sé si esta decisión es acertada o no».

Encomienda al Señor tu camino, eso es lo primero.

Y segundo, confía en él, porque su promesa es ésta: él actuará.

Y es que Dios puede cerrar o abrir puertas.

En el libro de los Hechos hay una ocasión en la que Dios cerró puertas.

«Intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu del Señor no se lo permitió».

También puede abrir puertas.

Pablo escribe en Primera Corintios 16: «Se me ha abierto una puerta grande y prometedora».

Hay que estar dispuestos a decir: «Lo pongo en tus manos».

Ya hablé de Nicky y Sila Lee varias veces porque son mis mejores amigos y fue gracias a Nicky que me convertía la fe cristiana.

Nicky y Sila habían mantenido una relación muy estrecha durante dos años antes de que se hicieran cristianos.

Cuando lo hicieron, surgió la pregunta, planteada por personas que les aconsejaban, de si era sensato que mantuvieran una relación tan estrecha y seria siendo tan jóvenes: eran universitarios.

Y como acababan de hacerse cristianos estaban dando sus primeros pasos en su relación con Dios y se preguntaban si su relación de pareja era un obstáculo para ello.

Al final, por la razón que fuera, decidieron tomarse un intervalo de tres meses en el que no se verían y en el que tampoco hablarían entre sí.

Y Nicky puso todo eso por escrito y hoy mismo lo he leído otra vez.

Describe lo que ocurrió:

«Un lunes por la mañana temprano, a primeros de octubre, acompañé a Sila a la estación.

Acordamos no volver a vernos ni a hablarnos hasta Navidad.

Sila se despidió de mí desde la ventana del tren y me pregunté si la volvería a ver.

Regresé por las calles aún desiertas de Cambridge y me sentí más deprimido que nunca en mi vida.

Decidí no volver a Londres durante ese tiempo, puesto que sería muy doloroso estar allí sin Sila.

Sin embargo, una semana más tarde fui a jugar al fútbol con amigos de mi antigua escuela.

Al comenzar el viaje de regreso, el dueño del auto en el que iba dijo: «Espero que no les importe pasar por Londres; tengo que recoger algo de mi casa».

Estaba horrorizado. Me quedé callado; confié en que no se entretendría mucho. Al menos Sila vivía en otra zona de Londres.

Mi amigo nos dejó en High Street Kensington y dijo: «Les recogeré aquí dentro de cuarenta minutos», y se fue.

Estaba lloviendo a mares y nos quedamos en la acera intentando decidir qué hacer.

En aquel momento levanté la mirada y allí mismo, a unos cincuenta metros y caminando por la acera hacia mí, vi a Sila.

Dejé a mis dos amigos sin ninguna explicación y eché a correr hacia ella.

Cuando me vio, empezó a correr hacia mí.

Nos fundimos en un abrazo y empecé a dar vueltas sosteniéndola en mis brazos.

Grité a mis amigos que no me esperaran.

Fuimos a una cafetería y hablamos varias horas.

Supe entonces que Sila había tomado el bus de High Street Kensington, pero había tanto tráfico que decidió bajarse del bus y hacer a pie el último trecho que le quedaba.

Y en ese momento me vio.

Encontrarnos así era casi imposible; lo vimos como una señal de Dios.

Los dos sentimos que si Dios hizo que nos encontráramos de esa manera cuando estábamos intentando evitarnos, era más que capaz de mostrarnos en esos tres meses si debíamos pasar juntos el resto de nuestra vida.

Volvimos a acordar no vernos hasta Navidad.

Esta vez fue diferente.

Hubo lágrimas, pero sabíamos que Dios nos guiaría».

Y lo hizo.

Llevan felizmente casados casi treinta años.

Tienen cuatro hijos estupendos.

El fragmento es del libro *Él y Ella*, el libro que escribieron juntos y que es la base del Curso para Matrimonios, un curso que ha ayudado a miles de parejas gracias al ejemplo de su matrimonio.

Dios les dio una señal especial abriéndoles a ellos esa puerta.

Así que hay que observar las circunstancias, pero sin darles excesiva importancia.

A veces, hay que perseverar a pesar de las circunstancias.

Por último y para concluir, no tengas prisa.

El autor de Hebreos dice que tras esperar pacientemente, Abraham recibió lo prometido.

Pasó la mayor parte de su vida esperando a que Dios cumpliera la promesa que le había hecho cuando era joven y que sólo se cumplió en su ancianidad.

Todos cometemos errores, todos nosotros.

Recuerdo una conversación en Alpha en la que alguien me dijo: «Ojalá hubiera hecho este curso hace cinco años; ahora mi vida es un desastre».

Pero, como dice Oscar Wilde: «Todo santo tiene un pasado y todo pecador, un futuro».

Y lo maravilloso es que Dios puede redimir el pasado.

En el libro de Joel se dice: «Les compensaré por los años en que hubo plagas de langostas».

Y Dios puede servirse de todo, aun de nuestros errores.

¿Pueden buscar Romanos 8,28?

S. Pablo escribe esto:

Romanos

Capítulo 8

Versículo 28

Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.

Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito —en todo, en todas las cosas, incluidas aquéllas que quizá percibamos como menos buenas—; Dios dispone todas las cosas para el bien.

Lord Radstock estaba en un hotel en Noruega —a mediados del siglo diecinueve—, cuando oyó a una niña tocar el piano en el vestíbulo; hacía un ruido terrible, algo así: «¡Tin!... ¡tan!... ¡ton!... ¡tin!...». ¡Lo estaba volviendo loco!

Entonces, un hombre se sentó al lado de la niña.

El hombre, en vez de detenerla, empezó a tocar junto a ella llenando los silencios.

El resultado fue una melodía hermosísima.

Se enteró de que el hombre que tocaba con la niña era su padre, Aleksandr Borodín, el compositor de la ópera *El Príncipe Ígor*.

De una manera mucho más asombrosa, aunque avancemos en la vida haciendo ¡tin!... ¡tan!... ¡ton!... ¡tin!..., Dios nos promete que si le amamos, si le pedimos que nos guíe, se sentará a nuestro lado a tocar con nosotros para que nuestras vidas sean algo hermoso.

Oremos.

Señor, te damos gracias porque nos prometes que nos vas a guiar.

Señor, te pido por cada uno de los aquí presentes para que experimentemos esta relación a través de la cual te acercas a nosotros para hacer algo hermoso de nuestras vidas.

En el nombre de Jesús, amén.